

Segundo aniversario

José Antonio Postigo

ELLA se llamaba María de la Palma. Había ido a Murcia a celebrar el número veinte de sus cumpleaños, en casa y compañía del abuelo materno.

Encontré, hace unos días, en una galería próxima al Teatro Real, un pequeño cuadro al óleo que decía ser una frágil, femenina y dúctil mano naciendo de entre volantes de sutil blonda azul. Henchiéndolo todo, la mano estaba allí para nada; en apariencia. Así me sorprendió María el día que vio la luz, cuando me la mostraron, vestida y atusada ya, en brazos de su madre, y aquella noche escribí:

María de la Palma Güel,
recién nacida.

De una niña recibo mansa lluvia.
Yo le obsequiaría con prados verdes.

María es la niña.
La lluvia, su corazón.
¿Mis prados...?

Federico de la Palma Gil,
cuarenta años nacido.

La segunda persona en cuestión era un hombre relativamente joven, en contra de lo que pude apreciar. No llegaba, al parecer, más allá de los cuarenta y algún año, a pesar de su imagen de los cincuenta bien cumplidos. «Vi, contra el cristal de la ventanilla, su perfil enjuto y un tantito apergaminado», me confesaba María después del viaje.

Cuando esa noche, en Alcázar de San Juan, transbordó María al tren Sevilla-Madrid, no lo hizo por fuerza mayor. Un año llevaba practicando esta operación; solía comentar que se la había mostrado o, digamos, desvelado un amigo suyo de Murcia que hacía con frecuencia el trayecto Cartagena, Murcia, Alcázar, Madrid-Chamartín. Casi seguro que hubo de ser una de esas noches de tren en las cuales grupos jóvenes charlan, aquí y allá, en los pasillos, satisfechos de no dormir. Este amigo le comentó que, si a ella le interesaba llegar a Madrid casi una hora antes y, además, a la estación de Atocha, lo único que tenía que hacer era estar atenta y con el equipaje preparado, pues o bien el Sevillano, o bien el Granadino tienen su llegada a Alcázar, camino de Madrid, sólo unos minutos más tarde que el Cartagenero, pero con la ventaja de que ambos salen antes que éste, y no terminan en Chamartín, sino en Atocha, ganando esa hora a la mañana de Madrid que a ella tanto había llegado a agradarle, sobre todo desde que comenzó a viajar sola hasta Murcia. Nosotros hemos vivido, y seguimos viviendo, en la Plaza de Matute, relativamente cerca de Atocha, y llegó a con-

vertírsele en costumbre el hecho de subir andando tranquilamente desde la estación hasta casa, y si coincidía que yo podía ir a buscarla cuando ella, a su vez, hubiera realizado el cambio en Alcázar, desayunábamos sin prisa en cualquiera de los numerosos bares del camino; camino de Austrias y Borbones madrileños.

La imponente locomotora diésel de El Sevillano —María iba asimilando hasta el proverbial gracejo ferroviario cuando nombraba a los trenes de sus viajes— frenó y quedó inmóvil dos o tres metros antes de llegar a los topes de final de carril, y enseguida la vi venir por el largo andén central, avizorando inquieta por encima de los hombros de la liviana multitud de viajeros; algunos de ellos eran aún rezagados del de Granada, que había llegado unos minutos antes y se había situado en la otra vía del mencionado andén. Mi paseo no había sido en balde esta vez, y me alegré de que hubiese podido hacer el transbordo, a pesar de que dicha maniobra siempre me provocase una imprecisa inquietud por causa de la incertidumbre en el éxito, a las seis de la madrugada, y en un nudo ferroviario de esa envergadura. Me di cuenta de que no venía sola. La verdad es que ya me había acostumbrado a sus compañías de fin de viaje, y como gente joven que solía ser, nos acompañaban en el paseo y desayuno, hasta que nos despedíamos al pie de alguna de las bocas de metro que en la calle de Atocha existen. El encuentro con el compañero de viaje tuvo en esta ocasión, sin embargo, un aire especial. Ya he dicho que aparentaba los cincuenta cumplidos. María no supo decirme su nombre. Nos despedíamos a la vez que le saludaba; de María se despidió con una nota entre cortés y respetuosa, para seguir luego él su camino hacia la salida de taxis. ¿Llegó ese hombre a percibir en sus espaldas los ojos de María siguiéndole? No fui capaz de adivinar la fuerza de mirada tal, que me sorprendió por un no sé qué novedoso allí y entonces. Al segundo siguiente ya estábamos andando, haciéndome yo cargo de los bultos. Colgada, o apoyada en mi brazo, me asaltó con la primera y clara gran sorpresa del día. Al tiempo que me hacía las preguntas de siempre, «¿cómo está madre?, ¿y tú?», me regaló con un beso en la mejilla, cosa poco habitual en los últimos años. Insistió en que quería desayunar en la estación. La presión de su mano me confirmó en la idea de que algo había sucedido y de que algo deseaba contarme. Le hice notar que los lunes suele estar abarrotada la cafetería, pero me replicó que por qué no íbamos y probábamos a echar un vistazo. «Hay un sientto libre», recuerdo perfectamente que me dijo, mirándome gozosilla de reojo; porque sabía que me alegraba recordar el modo de hablar de la abuelita Petra.

¡Qué viaje...! No puedes ni imaginártelo; sobre todo estas dos últimas horas, desde Alcázar.

No bien descubrió la mesa libre, comenzó su relato. No habría yo podido jamás adivinar el final definitivo.

A punto he estado de no llegar a tiempo de pasar al tren de Sevilla. Me dormí al salir de Albacete y, gracias a que antes había comentado con algunos compañeros de viaje mi costumbre de cambiar en Alcázar de San Juan, uno de ellos me ha despertado, porque, al parecer, tenía él costumbre de bajar a tomar el clásico café con leche en la cantina; tan bonita, ¿la recuerdas?

En fin, que he cogido todas mis cosas y, a la carrera, me he lanzado hacia el subterráneo de entrevías, por ver si podía cambiar el billete en las taquillas. Imposible. Total, que cuando anunciaban la salida del Expreso de Sevilla, he vuelto a correr y no he parado hasta que me he visto en una de sus plataformas. He respirado contenta, porque sabía que bajarías a buscarme y que no lo harías en vano; podría, incluso en la misma estación, comenzar a contarte todo lo de estos días. Te hablaría de mis paseos por el monte y te intrigaría con anuncios de mis fortuitos hallazgos arqueológicos, cuyas muestras, piezas pequeñas, como siempre, podrían estar en el fondo de esa bolsa. Los pasillos del vagón esta vez estaban vacíos; he pensado que hoy tendría que buscar un departamento, con lo poco que me gusta molestar a los que descansan. Pero, al parecer, el revisor me ha visto cómo subía a toda prisa y me ha buscado, y me ha encontrado, claro. Me pide el billete, con lo que consigue agriarme un poquito lo bueno de la aventura del trasbordo. Me advierte, como todos, que no puedo hacer ese cambio, que el billete es efectivamente hasta Madrid, pero en un tren concreto, en el tren número 823; que no lo haga otra vez. Yo le escucho un poco asustada, sin acertar a buscar una excusa, como sabes que me sucede siempre que me recriminan algo, y, por fin, muy amable sin embargo, me ha acomodado en un departamento en que sólo había dos personas. Una de ellas era este señor que se ha bajado conmigo, y la otra, una señora que se ha apeado en Aranjuez. ¡Ha sido algo impresionante!

La narración de María fue entrecortándose por momentos, hasta quedar en suspenso, a la par que iba disponiendo delante de ella, azorada, los componentes del desayuno.

Al entrar en el departamento, iluminado sólo con la señal de penumbra, descubro, contra las luces de la estación, las dos siluetas, sentadas una enfrente de la otra. Él, despierto, estirado, con los ojos bien abiertos mirando de soslayo hacia el andén. Ella, dormida, la cabeza apoyada en la orejera del asiento. Muy bajito doy los buenos días, dejo mis bártulos en la rejilla de equipajes y me acomodo en la butaca que está al lado de la puerta, es decir, que como se trataba de un coche de primera clase, ha quedado un asiento de por medio, entre el señor y yo, ya que era él quien iba de espaldas a la marcha, como tú sabes que a mí me gusta viajar. Cuando he querido darme cuenta he sentido que el tren se movía. La estación se iba quedando atrás y sobre las luces del amanecer he visto esas grandes cocheras que Alcázar tiene para máquinas de vapor. ¿Recuerdas, padre, cómo me impresionaron, en cierta ocasión,

esas máquinas echando vapor, con medio cuerpo fuera de su refugio?

¿Vas a dejar así el desayuno, María?, tuve que advertirle, pues apenas había encendido los bollos. ¿Quieres que salgamos a pasear por el Botánico, hacia el Retiro? Estaba notando algo muy particular en las comisuras de sus labios y en su modo de no mirar. Y, en efecto, liquidé la cuenta y salimos por la puerta del Ministerio de Agricultura, con luz y ambiente muy de su gusto, pero esta vez no hizo ningún comentario a propósito de nada, ni siquiera de sus añoranzas de los tejados y aires parisinos a los que todos estos contornos de Atocha tanto se les parecen. La brisa fresquita de la mañana de septiembre la obligó a caminar con las manos en los bolsillos de la cazadora, una de fantasía que, por cierto, se había comprado en nuestro último viaje a París. (Es opinión común, y yo lo reconozco así, que tanto mi esposa como ella tienen —María, tenía— gran gusto para vestir). Anduvimos hasta el semáforo de la cuesta de Moyano sin que ella dijese una palabra. Volvió a hablar, estando ya en El Retiro, pero con un hilo de voz desconocido para mí, quizás por lo pausado:

El tren iba ya por sus campos abiertos manchegos y ya estaba yo entonada en mi condición de viajera en sus caminos, cuando así, de pronto, veo con claridad la figura de este hombre. Veo un perfil bonito, aunque enjuto y un tantito apergaminado, con ojos claros al contraluz. Sigo mirando hacia su ventanilla, ya no distraídamente, y caigo en la cuenta de que es hombre de porte elegante, o, más bien, algo particularmente elegante. No cejaba él en su mirar más allá del tren, tal como me lo encontré al entrar, con su mano derecha reposada en la rodilla, y sosteniéndose la barbilla con la izquierda, siempre erguido en su asiento. Llegué a pensar que no miraba a ningún sitio y, desde luego, que hasta las seis en que subí al tren no debía de haber dormido nada; ya sabes lo que son los ojos de sueño de los despertares en el tren. Pasan los minutos, una media hora. Alterno la dirección de mi mirada entre la ventanilla del pasillo y la de este hombre, buscando, a veces, la oportunidad para dirigirle la palabra. Sobre pasamos a toda velocidad y de manera ruidosa, como suele suceder, una estación, y este hombre ni pestañeó ante el impacto óptico de los vagones de un tren de mercancías que allí estaba parado; casi rozaron nuestro cristal. Acabado el traqueteo, y no aguantando más, decidida le pregunto que si le importa que fume, que en el pasillo... No me deja terminar. Gira la cabeza, y con rostro sumamente amable me dice que no le importa. (Lo de amable te lo digo por el contraste con el perfil sarmentoso que venía viendo hasta entonces, ¿sabes?) Me dice, sin embargo, con un agradable dejo andaluz, que quizás incomodara a la señora mientras estuviese dormida y que, incluso, hasta podría despertarla. Que si no me importaba esperar... Por supuesto que esperaré, le digo. Y ahí ha comenzado todo. ¿De dónde vienen?, insisto. Hace un movimiento como de incorporación, lo justo como para volverse definitivamente hacia mí, y responde: de Sevilla. Me devuelve la pregunta: ¿Y usted, señorita? Le contesto

que de Murcia. Padece usted de insomnio, ¿verdad? No, señorita; de lo que padezco es de la misma enfermedad que usted: de curiosidad. ¿Ve usted señorita, aquella estela de avión? Seguro que vienen de más allá del Atlántico y van hacia Madrid; no les envidio. Yo tampoco, le digo como sin darle importancia a la réplica, pero queriendo coger el hilo y entrar un poco en lo nuevo del viajar. Pero no es lo mismo, señorita. En mis poco más de cuarenta años de vida, he recorrido miles de kilómetros. Ciento a pie, cientos en caballería y en automóvil y miles en tren y barco. Seguro que usted nunca ha ido en caballería, y si lo ha hecho, nunca habrá probado a sentarse al revés, mirando hacia atrás. Nada se mueve, todo permanece ante ti durante horas y horas, y tienes tiempo para descubrir colores, y personas que van en dirección contraria a la tuya, y hasta se te quedan mirando, pero ellas, al fin, siguen hacia su destino mientras que tú reflexionas sobre su ser y caminar; lo ves todo —oteros, ríos, el camino, las palomas o tordos que se alejan— estar ahí, en el aire, en la luz o en la seminoche. Sólo hay algo parecido a eso en la actualidad, ¿se da cuenta, señorita?: la ventanilla de un tren, y que no sea demasiado veloz, claro. ¡Esos endiablados trenes franceses...! He querido cortarle, decirle que habíamos ido en tren a Francia, a Alemania, que me gusta viajar de espaldas a la dirección de la marcha... Pero no he podido; no me ha dado cuartel, como tú dices, padre. Mire, señorita, esta noche hemos salido de Sevilla y esa persona se ha sentado ahí para dormir mejor, no ha querido ver ni Lora del Río, ni Córdoba, ni Linares, ni Manzanares. No ha visto a los hombres en las estaciones que, aunque los perdiésemos de vista, en unos segundos tenía sus campos ante mí, intuitos en la noche y en mi memoria, y ellos volvían otra vez en otras estaciones, siempre los mismos, tristes, empobrecidos, buscando con sus bultos a cuestras un camino hacia otros campos. Esta ventanilla me los iba dando, ¿comprende?, y me he acordado de mis viajes sentado al revés en la montura de las acémilas... Es verdad, me he atrevido a replicarle. Pero no he podido decir nada más, y he vuelto a darle cuenta, aunque sabes que me cuesta admitirlo, de la cantidad de cosas que me faltan por conocer, o por saber; que tú me has dicho muchas veces que no es lo mismo conocer que saber; que saber va más lejos. En ese momento de perplejidad mía, cuando él se ha quedado mirándome afablemente, con sus grandes ojos de color miel hundidos en los pómulos, la señora se ha despertado. Qué cara no me habrá visto que ha intervenido inmediatamente, aún con su mirar un poco perezoso; y el caso es que no era fea. Ya has asustado a esta pobre criatura, apabullándola. Seguro que le has contado lo de los jornaleros de anoche en Lora del Río. No le haga demasiado caso, mi niña. (¡Qué hablar tan bonito tienen los andaluces!, ¿verdad, papá?) No le haga demasiado caso, señorita. Padece de insomnio y las noches en tren...

A todo esto, ella se había levantado y buscaba su neceser para ir a arreglarse. La verdad es que la actitud de esta señora no me ha parecido muy... no sé cómo decirlo. Pero, enseguida que ella se ha ido, he

vuelto a dirigirme a él, y he querido comentarle que, en efecto, el viajar es algo extraordinario... No, señorita. Es aventura y no es aventura. Depende de las personas. No hay mayor aventura que el simple deseo de hacer algo, incluso desde la propia localidad, por conocer toda la vida y toda la naturaleza y a todos los seres humanos. Tengo la impresión de que padece de la enfermedad de muchos jóvenes, cual es la de creer que todos los seres humanos que le rodean y viajan son buenos, valientes, reflexivos, aventureros, dispuestos a dejarlo todo por un ideal. Y ahí lo tiene. Los del avión de ahí arriba, por ejemplo, quizás vengan de Nueva York, seguros de sí mismos; llegarán a Madrid, no mirarán ni por la ventanilla del taxi, no se cruzarán con nadie, no se entusiasmarán por nada, harán su negocio de varias decenas de millones de dólares y dormirán mañana en Nueva York. No les interesa el viajar. O como esta mujer que dice ser mi esposa; no quiere que yo vea cosas. Quiere que vea sólo unas cuantas, aquellas que mi posición social me recomienda, aquellas que nuestros amigos saben y quieren digerir; no puedes ir por ahí con aires de humanista redivivo. Todo esto me lo repite cada dos por tres; ha querido darme unas pastillas para que durmiese algo, y ha renegado porque no hemos hecho el viaje en coche cama. ¡Hay que dormir!, ¡hay que descansar!, me dice. No se puede estar día y noche en vigilia. Pero yo no sé dormir, señorita. En este momento ha entrado ella, y ha oído las últimas palabras. Le ha interrumpido bruscamente: ¡Quieres hacer el favor de callar!, le ha dicho. ¿Por qué le dices a esta criatura todo eso? ¿Cuándo te darás cuenta de que vas camino de la demencia y quieres volver locos a los demás? ¿No irás a entrar ahora en el tema del lenguaje, verdad? Sabes, mi niña, soy catedrática de Lengua y Literatura, y no me deja vivir. «¿Qué puedo yo explicar del lenguaje si no quiero conocer la vida?». «¿Qué puedo yo explicar de la vida si no conozco el lenguaje?». Y así siempre. Como si a todas estas cosas no se pudiese llegar por medio del estudio, ¿no le parece? Él, sin escuchar demasiado atentamente a las palabras de la señora, me ha preguntado si por casualidad llevaba algún libro de poesía, y ya sabes que siempre llevo conmigo la Antología de Miguel Hernández, aquella que, hace años, me compraste en Orihuela, cuando lo de la fiesta y los murales en honor suyo, pintados en las casas, ¿recuerdas? Y, no sé si con miedo o con gozo, se lo he dejado. Ella ha querido hablar y él le ha significado con el dedo en la boca que se callase, que callase. ¡Cállate y escucha... sabía! Ha tomado el libro en su mano y zaran-deándolo suavemente le ha dicho: ¿Tú explicas esto, verdad? Tú hablas de sintagmas, de taxonomías y te gustaría meter este libro en una computadora, ¿o no es verdad? Mira, loca, hay algo que no te he dicho nunca. ¡Escúchalo...!

Puedes suponer, padre, que no he sabido dónde meterme; me he apretado contra el respaldo del sillón y he dejado, atónita, correr todo. ¡Qué podía decir yo! Ha sido tremendo.

¿Querría, por favor, señorita, buscarme el poema «Nanas de la cebolla»? Suponte, mujer, que yo soy

Miguel Hernández. Suponte que te digo que yo he conocido la miseria, el dolor, las semillas nacer, el hambre, la hermosura de la huerta del Segura, ¿entiendes? Suponte que te digo que yo soy Miguel Hernández y entro aquí y, para usted, profesora, de categoría de doctor, voy a leerle una cosa que he compuesto. ¿Le importunaré si se lo leo? Espero, pues sólo faltaba, que tú dijese que no, que por qué habría de importunarte.

Papá, ¡qué modo tan precioso de leer! Ha recitado estas dos estrofas:

La cebolla es escarcha
cerrada y pobre,
Escarcha de tus días
y de mis noches.
Hambre y cebolla,
hielo negro y escarcha
grande y redonda

Alondra de mi casa,
ríete mucho.
Es tu risa en tus ojos
la luz del mundo.
Ríete tanto
que mi alma al oírte
bata el espacio.

Y tú suponte que yo, o sea, Miguel Hernández, después de leerte esto, comienzo a escucharte, con tu sabiduría en el lenguaje, que hablas comentarios como: Qué connotaciones, qué variedad de actantes, qué gama lexemática y metasemántica, ¿qué nos daría todo si lo programásemos en una máquina de ésas? ¡Mira, y entérate de una vez! Yo Miguel Hernández, oigo esas palabras, y seguro que rompo todo lo escrito, y me escondo en lo más profundo de la tierra, y le leo mis poesías a las hormigas y a las raíces del granado... ¡Cuándo aprenderás esto! ¡Escucha más todavía! ¡Siéntate!, que habla el Lenguaje, ya que a mí me tienes por loco.

Para entonces, papá, yo ya ni respiraba. Menos mal que su suave voz andaluza, recitando, me volvía un poco en mí.

Ya verdeció en el surco el pan temprano,
que el labrador sembró sobre Castilla
con un vuelo gracioso de su mano.

Su condición de débil y amarilla
ya suele revelar el pan tardío,
el perfil superado de la arcilla.

¿Por qué no cuentas los actantes y sememas que quiso escribir Miguel Hernández? Pudiera ser que la señorita y yo nos dierámos de gozo, mucho mayor que aquel que su simple palabra y lectura inagotable nos da, pues se supone que el conocimiento, o la sabiduría, son generosos en gozo... ¿Dónde está la Sabiduría grande?

Al darme cuenta de que me miraba después de hacer

la pregunta, me he quedado petrificada. Menos mal que ha sido entonces cuando la señora, roja de ira, o de vergüenza, ¿quién lo sabe?, ha salido al pasillo, y como ha visto que el tren amainaba la marcha, ha entrado de nuevo, ha cogido el bolso, se ha asomado por la ventanilla, y ha desaparecido. Estábamos en Aranjuez. El tren ha comenzado a caminar de nuevo. Yo no quería irme del departamento, y, al mismo tiempo, tenía miedo, estaba asustada.

Perdone, señorita, me ha dicho, devolviéndome el libro. Todos los viajes, no sé aún si será por el simple hecho de ir de viaje, nos sucede lo mismo. Y no ha hablado más. Ha vuelto a acomodarse en la misma posición en la que le encontré y he vuelto a percibir que no ha cesado de mirarlo todo, las carreteras de Madrid llenas de hombres en sus coches, y camiones, y autobuses llenos de gente, los hacinamientos de Villaverde y Getafe, donde vive la tía Elo; gente y más gente por todas partes. ¿Dónde estaría la señora?, ¿dónde los del avión..., y Miguel Hernández?

Por fin, hemos llegado. Nos hemos levantado. Yo, muy cansada y encogida; él, parsimoniosamente. ¿Quiere que le acompañe a alguna parte?, señorita. Le he comentado que tú estarías esperándome. Pero su tren de Murcia, ¿no llega a Chamartín? Sí, pero mi padre sabe que suelo hacer este cambio siempre que puedo y, por si acaso, baja paseando a esperarme. Veo, ha dicho, que de casta le viene al galgo; sólo hay gozo después de la incertidumbre, aunque también hay ira y dolor.

Pero es tremendo cuando abres los ojos y éstos te dan incertidumbre. ¿verdad, padre? Nunca pensé que la calma de una noche en tren pudiera llevar a tanto. ¿Qué es la Sabiduría grande?, ha dicho este hombre. Papá, ¿por qué?

Fue el último comentario de María. Habíamos caminado por El Retiro, pero nos encontrábamos ya ante el portal de nuestra casa, yo con un pie en el umbral de piedra del portalón. Me volví para cederle el paso y la vi allí, quieta, en medio de la acera.

—No, ahora no. Quiero dar una vuelta; díselo a mamá, por favor. Volveré antes de comer. ¿Me subirías los bultos, si no te importa?

Cuando entré en casa y Lucio, el portero, me cerró la puerta del ascensor, que todavía entonces era puerta de precisa tracería de forja, ya eran las doce menos diez. Me di cuenta de que su bolso era un bonito bolso escocés, muy parecido al mío, cuando mis juveniles viajes por España y Europa.

Al cabo de un par de horas, nos comunicaron que, en el semáforo del Museo del Prado, un coche, un gran deportivo blanco, por más señas, saltándose a toda velocidad su señal en rojo, había arrollado a nuestra hija, que, al parecer y según quisieron explicarnos, caminaba algo distraída.

Escrito en el segundo aniversario —no antes— de su postrer viaje a Murcia.